



EN BUSCA DE LA HABANA PERDIDA

Hay algo de vulgar en el amor, sin siquiera señalar al sexo. Su expresión se convierte invariablemente en una relación de vulgaridades. Un gran poeta griego compuso o recitó dos poemas: uno parece celebrar la guerra, el otro la persistencia en la intención del regreso al hogar. El primer poema en realidad expresa emoción ante la ira, la voluntad de venganza y la piedad, y su tono es elevado, heroico. El otro poema exalta a un héroe extraviado que no puede volver a casa y a su esposa porque en el camino otras mujeres le ofrecen diversas formas de amor y hasta le cantan canciones eróticas.

La irreverencia por lo general irónica de Guillermo Cabrera Infante no se detiene ante situación o personaje alguno de su ya considerable obra. Con la misma soltura que reflexiona sobre Homero a propósito de la exposición amorosa, afirma que lo imperecedero del Quijote, aparte de la creación de sus arquetipos, es la vulgaridad. En cambio, la celebrada Jane Austen, montada en el fin del siglo XVII inglés, no le gusta por ser su propia. Frente a Joyce no disminuye su regocijo por combinar la perfección lo vulgar con lo innovador. En tanto que las pretensiones de un George Eliot le imposibilitan su lectura completa. Pero la elevación de la producción pop a la categoría de arte en la segunda mitad del siglo veinte le parece una reivindicación de la vulgaridad en pleno acuerdo con sus gustos.

"Después de todo no estoy escribiendo la historia de la cultura, sino poniendo la vulgaridad en su sitio, que está muy cerca de mi corazón".

"Nada vulgar puede ser divino, es cierto, pero todo lo vulgar es humano", reitera este Cabrera Infante, cuya refinada humanidad nunca ha sido tan evidente como en *La Habana para un infante difunto* (Ed. Seix Barral, 1980): su obra fundamental entre una media docena de siempre notables libros del corte de *Tres tristes tigres* (1964) o *Arcadia todas las noches* (1978).

Residente en Londres desde hace veinte años donde además de escritor que puede vivir de sus obras es muy cotizado crítico de cine, la resurrección del infante difunto

A Guillermo Cabrera Infante le parece que el único hispanoamericano que se leerá dentro de quinientos años es Borges, porque desde Quevedo no hay otro escritor español de su importancia. Quevediano él mismo, agrega a la sátira la nostalgia de La Habana y la América perdida en su último libro *La Habana para un infante difunto*.

fue un genial acto de nostalgia por La Habana, que dejó en 1965, y a la que sólo regresó para los funerales de su madre.



Desde Londres, Cabrera Infante enfrenta el pasado.

Niño pueblerino, hijo de padres tan comunistas como pobres, comer resultaba *fierecillo* molesto para la familia que en la capital, pasó aún más estrecheces, dado el escuálido sueldo periodístico del jefe de hogar. Este se reducía a un par de piezas sin siquiera ventanas, en una casaca degradada a conventillo y donde baño y pila de agua eran compartidos por todos los habitantes del respectivo piso.

La Habana se convierte para el niño Guillermo en un teatro fascinante que le entra por todos los poros, "que son los ojos del cuerpo". Descubre el largo crepúsculo eléctrico de la ciudad, en remplazo del día cegador y la noche ciega de su Gibara natal. Conoce esas guaguas, repletas de habaneros, cuyo nombre salió del inglés para vehículo colectivo, pasando en seguida por guagros y de ahí a su acepción femenina, con el guagrum al volante. Se deslumina

con la rotativa del periódico *El día*, que en comparación a la prensa plana del periódico de su pueblo le parece "una gallina autónoma con los periódicos saliendo de debajo de ella, como huevos ilustrados". Mete sus infantiles narices en *El sacro*, el

primer contacto con la literatura erótica, de quien se recuerda "siempre atrasado para el sexo, aunque un adelantado del amor".

"Por culpa de Hollywood —reflexiona el infante difunto— perdí el amor por los culos, en esa galería de figuras sin mallas que era el cine, museo de dos dimensiones". También sin saberlo, se aficionó a las películas que años después y en otra cultura, se llamó *cine negro*, y de entre muchas estrellas, de una Verónica Lake de ojo rapado con una onda de pelo pasional. Y especialmente de Ingrid Bergman, desafiándose un humación de celos por Humphrey Bogart, cuando los vio ardiendo en *Casablanca*.

En lo que fue su vida social, todavía en el colegio, decidió que prefería conversar con una mujer sónica que con un hombre inteligente —"las mujeres oyen mejor". Encontrando a las mujeres menos veraces, las consideraba, además, más auténticas. A su influjo se aficionó a la música popular, pese a que nunca pudo bailar sin pisotearlas, y desde allí se encauzó por la clínica, en la que hoy también es un experto y un crítico. Lo que no le impide incluir *La canción* entre la música selecta desde que en el cine vio esa rumba bailada por los "pies parlantes de Fred Astaire y las piernas que cantan de Ginger Rogers".

En el solar del ya adolescente Cabrera Infante tampoco faltaron "los que tenemos ese defecto", como aludía un homosexual a su condición, tal cual Hamlet —dice el narrador— a su "falta particular". Todo ello entremetido con su errante pero inteligente condición de colegial, que sin todavía quince años le permitió ganar unos pesos como traductor del inglés, idioma que a los cubanos nunca les ha resultado fácil. Claro Gable por Clark Gable o Grigoria Peca por Gregory Peck surgían en los comentarios de los empujorrotos, lo mismo que en el de los pobres de solemnidad,

En busca de la habana perdida [artículo] Graciela Romero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Romero, Graciela

FECHA DE PUBLICACIÓN

1985

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

En busca de la habana perdida [artículo] Graciela Romero. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile